

El cielo, encuentro personal

Rev. Aragon. Teol. 50 (2019)

Francisco Martínez García

I. EL CIELO ES RELACIÓN

Para hablar correctamente del cielo, es preciso antes tomar la pista adecuada: el cielo es Alguien, no algo; es una Persona, no un lugar; es relación, no independencia o individualidad. ¿Has dicho alguna vez a una persona, o te han dicho a ti, “eres un cielo”? En la vida nos encontramos con personas simpáticas o apáticas, alterocentradas o egocentradas, que hacen gozar o hacen sufrir, a las que metafóricamente llamamos “cielo” o “infierno”. El encuentro con una persona es lo más determinante en la vida de todos: matrimonio, amistad, responsabilidad pública, vocación, profesión... Llamamos cielo a una persona de empatía plena, que establece siempre comunicación positiva, dichosa, que comparte y colabora, que siempre “con-vive” en todo, solidaridad más que individualidad. Que hace de la relación un absoluto. Quien no ama no entiende. Quien carece de este talante tiene incapacidad para comprenderlo. En nuestras relaciones el amor entiende mucho más que nuestra razón. El cielo es una relación máximamente positiva.

En la historia de la salvación el cielo es fin absoluto y último de la Alianza con Dios. Pero pensamos poco y hablamos menos de él, quizás porque está inscrito en el entramado de la muerte. La misma predicación ordinaria refleja también una evidente omisión muy extraña. No abundan explicaciones atractivas, sólidas y convincentes. Con el pretexto de ser sencillos, muchos jamás dicen nada. La pobreza educativa de nuestra gente es aciaga. Y ello se hace tanto más grave cuanto que, además, parece no inquietarnos gran cosa. Esto disminuye y distorsiona la realidad. La frialdad e indiferencia de la época tienen que ver mucho con ello. Y sin conocimiento no viene el amor. Respecto al cielo, en la mayoría de la gente, suele prevalecer una concepción espacial. Lo cual deteriora y maltrata sobremanera la misma imagen de Dios y hasta lo rebaja a él en persona. Porque el cielo es Dios. Otros piensan más bien en términos de duración, como “vida eterna”, pero sin ahondar en su naturaleza.

1. El cielo, relación personal

Dios ofrece objetivos intramundanos: victoria, abundancia, salud. Pero hay una promesa que identifica al que promete y la promesa: ‘Yo mismo seré tu recompensa’ (Gn 15,2). Hay una recepción de bienes de Dios, pero hay una comunión con él en persona. Salmos y Sabiduría se refieren frecuentemente al anhelo de una

cercanía inmediata de Dios como bien único y máximo que sacia al hombre. Por esa inmediatez suspiraba Moisés: 'Déjame ver, por favor, tu gloria' (Ex 33,18). Cristo se hace presente como promesa cumplida. En él Dios se acerca al hombre, ¡y de qué forma! Él en persona es la inmediata inmediatez con el Padre, como Hijo "de igual naturaleza que el Padre", y posee, además, dos naturalezas, humana y divina, formando una misma persona. Hay también máxima unión de nosotros con Cristo porque todos formamos su único Cuerpo Místico.

2. El hombre está esencialmente referido a Dios

La unión con el Padre en el cielo ofrecida por Cristo en el Espíritu Santo significa enriquecimiento y plenitud humanos. El hombre solo puede alcanzar una vida plena y llena de sentido encontrándose con lo que es distinto de él. Sin este encuentro queda encerrado en su pequeñez y soledad. Es raquitismo humano espiritual. Para que el ser humano crezca y madure el encontrado ha de ser distinto. El encuentro será tanto más dichoso cuanto lo encontrado sea superior y mejor.

El encuentro con Dios es irrecusable. La razón es el origen divino del hombre. Está creado a imagen y semejanza de Dios. Dios es su modelo. Está programado para reflejar al Infinito. Sus anhelos no tienen límite. Esta ordenación existe aun cuando el hombre la ignore. Es una determinación profunda del ser. Esta ordenación se manifiesta frecuentemente en la experiencia de la incapacidad manifiesta del hombre para ser feliz por sí solo.

El hombre no puede ser entendido desde sí mismo. Es un yo con tendencia vital a un tú. El hombre sobrepasa infinitamente al hombre. No se realiza en el desarrollo de sus disposiciones subjetivas naturales. Trascenderse por encima de sí, más y más, es la naturaleza más propia del hombre. La renuncia a su autotrascendencia es pobreza que tortura y es destrucción de su propia naturaleza. A quien no cree siempre le faltará el Infinito.

Estar originados en Dios arguye un origen de amor. Pues Dios es amor y creó al hombre por amor y para el amor. El amor es el núcleo más profundo de la naturaleza de todo hombre. Porque el hombre es imagen de Dios, es amor en lo más determinante de su intimidad. El amor es el núcleo más íntimo de la mismidad del hombre. El hombre es un "yo" siempre dirigido al "tú". El hombre solo puede vivir con sentido en su ordenación al otro. A esto obedece el lenguaje. No saber hablar y no saber escuchar es máxima tragedia. En el hombre queda un vacío cuando no sabe "estar con", cuando no puede o no quiere hablar, dialogar, convivir. Este vacío es máxima soledad. El encuentro con el tú ocurre en la amistad, en el matrimonio, y en último término cuando ha llegado a estar poseído por el Tú Divino. El hombre está siempre de camino hacia Dios, lo sepa o no lo sepa, lo quiera o no lo quiera.

Solo entregándose a Dios está conforme con su ser. Solo entonces satisface sus disposiciones naturales y solo entonces es lo que debe ser. Dios es su único modelo y se hace más él mismo cuanto más se acerca a Dios. La unión con Dios como cielo es la suprema realización del hombre. Quien se cierra en sí mismo violenta su propia naturaleza y se destruye a sí mismo. Negar a Dios es enfermar y no ser. Quien quiera ser él mismo ha de estar en camino hacia Dios. Ningún otro camino lleva a la meta.

El hombre solo llega a ser él mismo mediante Dios. El hombre no tiene una plenitud natural. Solo la alcanza realizándose a sí mismo en Cristo. Sin Cristo el hombre no madura, no es él mismo. La unión suprema con Dios no es un desarrollo de lo previamente dado en la naturaleza humana. Somos estructuralmente pobres y solo pidiendo y suplicando obtenemos lo que debemos ser. El creyente debe hacer lo que puede y pedir lo que no puede. No es miseria, es cercanía a Dios porque Dios nos manda pedir, suplicar, orar continuamente. La participación en la Vida Trinitaria solo ocurre en una existencia permanentemente abierta y referida a ella. El hombre es capaz de recibir al Dios trinitario porque procede de él. Dios quiere regalarse permanentemente al hombre y para que esto sea posible él potencia la capacidad humana del hombre. La transforma y aumenta mediante su propia luz, el llamado "Lumen gloriae", la "Luz de la Gloria" que es él en persona. Solo en su Luz podemos ver la luz. El hombre es más él mismo conociendo de forma superior.

3. El cielo como forma de vida

Dios no está vinculado a un lugar ni es idéntico con una parte del mundo. Cuando decimos que está en el cielo queremos decir que es distinto de la tierra y que está elevado sobre ella. La palabra "cielo" hace referencia a la designación del modo de existir de Dios. Puede sustituir a la palabra Dios. Ir al cielo no es un proceso espacial, sino vivir con Dios. El cielo no existe en un lugar de la creación. El cielo está donde está Dios. Puede estar en todas partes. El cielo es Dios. "A donde está Dios está el cielo", dice santa Teresa. El acento radica en el modo de existencia y forma de vida, no en el lugar. Aunque será también un lugar debido a la corporalidad del hombre, esto no pertenece a la fe. Cuando uno reduce el cielo a espacio local desvaloriza a Dios y menoscaba su identidad.

No obstante, el hombre creatura está implicado en un determinado espacio. Es lógico que el bienaventurado esté en un espacio, pero no podemos saber nada de esto. La Escritura describe el cielo como forma de vida, más que como lugar. Lo llama reino de Dios, vida eterna, vida dada por Dios, paz sin tormento, salvación eterna, alegría y corona de la gloria, banquete con Dios, banquete nupcial, herencia de Cristo, luz y descanso, contemplación de Dios...

Si el cielo es ir a Dios, solo podemos ir a él si él viene a nosotros. La cuestión del cielo solo se puede expresar respondiendo a la cuestión de quién y qué es Dios.

Es un misterio impenetrable. Lo que ‘ni el ojo vio, ni el oído oyó’, ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado a los que le aman” (1 Cor 2,9). El cielo es la manifestación y suprema maduración de lo sembrado en la tierra.

4. El cielo, dialogo intenso con Dios.

El cielo no es la fría magnificencia de un receptáculo, de una cosa, sino el encuentro con una Luz (Conocimiento) y un Fuego (Amor) supremos que tienen carácter personal. En Dios, Verdad y Amor son Personas en trance de relación. Dentro de él hay una dinámica profunda de relación y comunión. En la existencia terrena solo encontramos personas que dicen verdades y que tienen actos de amor. Pero no son Verdad y Amor en persona.

La Verdad y el Amor en persona no pueden ser contemplados sin hacer intercambio con ellos. La criatura no puede contemplarlos si ellos no se dirigen a ella y se le manifiestan, y si ella misma no se abre y se dirige a la Verdad y al Amor. El cielo es encuentro y diálogo con la Verdad y el Amor como Personas.

Las tres Divinas Personas están en la más íntima comunidad de vida entre sí. Cada una vive de la entrega de las otras. La Persona es la entrega de las otras. Cada una solo puede decir “yo” diciendo a la vez “tú”. De esta relación depende su existencia. La teología lo explica diciendo que es una relación subsistente. La relación de Padre e Hijo está determinada por un Acto de conocimiento y la relación de Padre e Hijo al Espíritu Santo está determinada por un Acto de amor.

El Padre penetra y contempla el Ser de Dios y toda realidad posible en el cielo y en la tierra, en un conocimiento de absoluta plenitud y amplitud. El pensamiento que el Padre tiene de sí se configura como Palabra Infinita. En nosotros la palabra es limitada, es una parte de nuestro pensamiento. La Palabra en Dios es Riqueza Infinita Personal. La palabra humana es débil existencialmente. Las palabras son fugitivas, se van y vienen. La Palabra Divina tiene poder absoluto existencial. No caduca. Tiene el Poder del Padre. Es Palabra eterna. Es Palabra personal. Tiene Rostro y se puede dialogar con ella. Es un Yo y puede dirigirse a un Tú. Es el Hijo de Dios.

El Padre no solo habla al Hijo, es el Movimiento mismo de hablar. Es Relación hablante, el Hablar en persona. En el Padre, su Palabra es el Hijo. Es una Persona que responde. Es el Acto mismo de responder. Lo que el Padre dice al Hijo es lo más alto y profundo que uno puede decir a otro: es el misterio de Dios y del mundo. El Padre no se reserva nada hablando al Hijo. El Hijo oye al Padre con un interés del que depende su existencia. Como Dios es amor, el diálogo del Padre y del Hijo es un diálogo de amor.

En el diálogo entre Padre e Hijo no solo es pronunciada la realidad divina, sino también la realidad terrena. La fe en Dios es también fe en el sentido eterno del hombre y de las cosas. Porque las cosas están en Dios, está garantizado el eterno sentido del mundo, de las cosas particulares a él pertenecientes, de la historia humana y de los hombres. La fe en Dios es también fe y fuerza para superar los superficiales absurdos del mundo.

En el diálogo Padre e Hijo está esencialmente implicado el Espíritu Santo que tiene fuerza existencial absoluta. En él está el Padre seguro del amor del Hijo y el Hijo está seguro del amor del Padre. Padre e Hijo están abrazados en un Vínculo Personal que es el Espíritu Santo.

El cielo es una participación en el diálogo de las tres divinas personas. El creyente participa en el diálogo del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. En este diálogo aprende todo cuanto hay en Dios y en el mundo. El Padre le explica todo lo que él dice al Hijo. Le interpreta toda la realidad que hay en Dios y en mundo. Recibe respuesta a todas las cuestiones que le atormentaron durante su vida terrena y para las cuales la historia no tenía respuesta alguna. Dará gracias a Dios por el don de su revelación.

II. EL CIELO, NUESTRA VIDA EN CRISTO

1. El Jesús terreno, una persona que irradia bienaventuranza

Jesús, en su existencia terrena, sana y cura al hombre, lo lleva a su perfección y plenitud. Todas sus intervenciones son resquicios de vida eterna, la presencia de una fuerza celeste más que terrena. Jesús no resta nada ni disminuye a nadie. Al contrario, es el mejor “plus” imaginable del hombre. ¡Y qué plus! Es lo mejor en cada hombre, lo más suyo de lo suyo. Nadie ha fascinado tanto, y a tantos, durante la vida, relativizando las emociones más fuertes de la existencia y de todos los tiempos. Este “plus” motiva movimientos sísmicos en el número de seguidores y en la calidad y empatía del seguimiento, que tiene mucho que ver con la bienaventuranza, o anticipación del cielo en la tierra. Su palabra anima y transforma y esto es vivido como participación y anticipación de la vida gloriosa. Quien conoce de esta forma anticipa el cielo de verdad, es persona libre, sana, empática, solidaria y adherente.

Por Jesús mucha gente ha abandonado masivamente, y durante toda la historia, los máximos valores terrenos: riquezas, la propia casa, la seguridad personal, marido y mujer, los hijos, los padres... En él quedaron prendidas y fascinadas oleadas de apóstoles, mártires, vírgenes, eremitas, monjes, misioneros itinerantes que se han encarnado en lugares lejanos y miserables, llenos de limitaciones y peligros. Por él han dado la vida siempre personas y pueblos. El seguimiento interior espiritual

radical de generaciones es un fenómeno único, singular en la historia del mundo. No se explica sin considerar a Cristo un Bien mayor. Es también impresionante el fenómeno de la oración y piedad como adentramiento en el Misterio eterno. La oración “infusa”, contemplativa, máximo anticipo del cielo en la tierra, que no es lo que el hombre hace, sino lo que Dios hace en el hombre, iluminando, moviendo. Ha habido autores incandescentes en todas las épocas: Ruysbroeck, Juan de la Cruz, Teresa...

Jesús es con mucho un fenómeno único de amor en proporciones planetarias. En todas las épocas se han elaborado “Los grados de amor”, “Vías de vida espiritual”, “Caminos de perfección”, “Subidas al Monte” y “Ascensiones a Dios”. Se trata de un fenómeno único y singular en la historia de la humanidad. Nuestros mejores momentos le pertenecen a él, por la atracción directa o de personas que sin él no existirían, a las que él sedujo y enriqueció. En el mundo abundan cosas, sucesos y personas que atraen en cuanto son *semina Verbi*, semillas del Verbo.

La Tradición de la Iglesia vive siempre del Jesús recordado, predicado y testificado. El fundamento y realidad de esta memoria es la vida eterna, el Cristo glorificado y celeste, su resurrección participada y anticipada.

Su vida temporal en Palestina consistió siempre en sanar, curar, liberar, mediante “toques” verdaderamente celestes.

Ya en la visita primera de María a Isabel, Juan, todavía no nacido, salta de gozo en el seno de su madre (Lc 1,41).

Jesús, en respuesta a Juan, dice: ‘Id a contar a Juan: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva, ¡y dichoso aquel que no se escandaliza de mí!’ (Mt 11,5).

Cura al tartamudo (Mc 7,37) ‘y se maravillaban sobremanera y decían: todo lo ha hecho bien, también hace oír a los sordos y hablar a los mudos’.

La pesca milagrosa: ‘Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado. Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: no temas. Desde ahora serás pescador de hombres. Llevaron a tierra las barcas y dejándolo todo, le siguieron’ (Lc 5,11).

La Transfiguración acontece como verdadera transparencia celeste: ‘Este es mi Hijo en el que me he complacido’ (Mt 3,17).

La calidad de la predicación cotidiana asombra siempre: ‘Y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedó asombrada de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas’ (Mt 7,28-29).

‘Jesús dijo también a los doce: ¿también vosotros queréis marcharos? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿dónde vamos a marchar? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios’ (Jn 6,67-69).

Curación del paralítico: ‘El asombro se apoderó de todos y glorificaban a Dios’ (Mc 2, 12).

Los doctores del templo quedan estupefactos de las preguntas y respuestas del niño (Lc 2,46). María, impresionada, ‘conservaba las palabras en su corazón’ (Lc 2,51).

Su predicación esencial son las bienaventuranzas, una actitud celeste (Mt 5,3ss).

Hablando fascinaba y ‘una mujer clama: Dichoso el vientre que te llevo y los pechos que te amamantaron’ (Lc 11,27). La gente quería “tocar” porque brotaba de él salud divina (Lc 6,56).

En casa de Lázaro “Marta, Marta, te afanas y preocupas por muchas cosas; y hay necesidad de una sola. María he elegido la mejor parte, y no le será quitada” (Lc 10, 41-42)

En el diálogo con Nicodemo, Jesús habla del bautismo (Jn 3,1ss) como inicio de la vida divina.

‘Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él. Jesús respondió: En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios. Dícele Nicodemo: ¿cómo puede nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer? Respondió Jesús: “En verdad, en verdad te digo que el que no nazca del agua y del Espíritu no puede entrar en el reino de Dios. Lo nacido de la carne es carne. Lo nacido del Espíritu es espíritu. No te asombre de que te haya dicho: tenéis que nacer de lo alto”. Si al deciros cosas de la tierra no creéis ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? Nadie ha subido al cielo sino el que bajo del cielo, el Hijo de hombre que está en el cielo’.

Diálogo con la samaritana (Jn 4 5-42). La sed de la felicidad.

‘Dame de beber... Si conocieras el don de Dios y quien es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te hubiera dado agua viva. Le dice la mujer: Señor, no tienes con que sacar-

la. Respondió Jesús: Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que le daré se convertirá en él en fuente de agua que brota hasta la vida eterna. Ve, llama a tu marido... Veo que eres un profeta... Adorar al Padre... Los verdaderos adoradores... Yo soy, el que te está hablando’.

Vocación de Leví (Mc 2,14)

‘Después de esto salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado en el despacho de impuestos y le dijo: Sígueme. Y dejándolo todo, se levantó y le siguió. Leví ofreció en casa un gran banquete. Había un gran número de publicanos y de otros que estaban a la mesa con ellos. Los fariseos y los escribas murmuraban y decían a los discípulos: ¿por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores? Les respondió Jesús: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal: No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores’.

La mujer adúltera (Jn 8,1-11) estaba en el infierno ante la congoja por la muerte de lapidación. Vivía en trance de ejecución. Jesús le dice: ‘Tampoco yo te condeno, vete y en adelante no peques más’. Jesús introduce la misericordia en la historia del hombre, haciendo ver que todo hombre es superior a su mal.

Las mujeres incondicionales (Lc 8, 1-13): ‘A continuación iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando el Reino de Dios, y le acompañaban los doce, algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que le servían con sus bienes’.

El contenido y causa de la fascinación: Jesús, una persona Verdad, una persona Amor. ‘He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia’ (Jn 10,10).

Jesús, hombre de bien. ‘Todo lo hizo bien’ (Mc 7,37). Su dedicación: ‘curar y sanar males’. Lleva al cenit todas las aspiraciones humanas. Predica la comunión con el Absoluto y con los hombres. Su Mensaje es único, cima y vértice.

2. La persona de Jesús, su vida, muerte, resurrección y ascensión a los cielos, como único camino de cielo para los hombres

Jesús es el fundamento de la nueva y definitiva creación. Dios hizo al hombre ‘a su imagen y semejanza’ para que pudiera compartir y convivir con él (Gn 1,26). Pero el hombre se destruyó a sí mismo como imagen divina arruinado su identidad eterna.

Dios, compadecido, estableció un nuevo plan eficaz de encuentro: si el hombre dijo “no” a Dios, Dios revistió de carne a su “Sí” eterno, a su Hijo único, el Verbo Divino, que se encarnó en la tierra para rehacer poderosamente el camino del hombre hacia Dios. En su encarnación ‘se hizo hombre y vimos su Gloria, como del Unigénito del Padre’ (Jn 1,14). ‘Él tomó nuestras flaquezas y cargó nuestras iniquidades’ (Mt 8,17). ‘Nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado’ (Rom 6,6). ‘Llevó sobre el madero nuestros pecados en su cuerpo’ (1 Pe 2,24). Vivió como “sí” de Dios (2 Cor 1,18.21), y como “amén” radical del Padre (Ap 3,14). Hecho hombre, ‘aprendió sufriendo a obedecer’ (Heb 5,8).

Su vida y testimonio es exactamente la única y verdadera vía del cielo. Es rehacer el amor como camino de unión y comunión destruyendo el egoísmo como desvío, aislamiento y lejanía. Lo hizo con fortaleza y claridad. Vivió y enseñó la pedagogía de la debilidad: nunca se puso contra nadie, frente a nadie o por encima de nadie. Utilizó la nada de sí frente a los otros, salvando siempre, nunca condenando ni juzgando. Venció victimándose él, ‘no teniendo en cuenta la ignominia’ (Heb 12,2). Su cruz es ‘el abrazo de Dios a los verdugos de su Ungido’ (Viernes Santo). Y se ofreció a estar con nosotros permanentemente como ‘camino, verdad y vida’ (Jn 14,5). Al resucitar él, de su Cuerpo celeste y glorioso hizo brotar una corriente de vida resucitada y celeste, hacia la comunidad de los suyos, rebasando en nosotros el primer Adán, ser viviente, y constituyéndose en el segundo Adán, espíritu vivificante (1 Cor 15,22). ‘Del mismo modo que hemos revestido la imagen del hombre terreno, revestiremos también la imagen del hombre celeste’ (1 Cor 15,49). En esa vida celeste Jesús es ‘el Primogénito entre muchos hermanos’ (Rom 8,29). Porque la vida que él consigue nos la comunica haciéndonos ya ahora

‘hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados’ (Rom 8,16-17).

El cielo es rehacer en cada uno el camino terreno y celeste de Jesús. ‘Para mí la vida es Cristo’ (Flp 1,21). Debemos ‘nacer en Cristo’ (Jn 3,4), dejarnos ‘vivificar por él’ (Col 3,13), ‘sufrir con él’ (Rom 8,17), ‘crucificarnos’ con él (Gal 2,19), ‘morir con él’ (Rom 6,8), resucitar con él (Col 2,12), ‘sentarnos con él en los cielos’ (Ef 2,6), y reinar con él (2 Tm 2,12).

Para Pablo el cristiano se reviste de gloria conforme participa progresivamente de la vida de Jesús:

‘Mas todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando

en esa misma imagen, cada vez más gloriosos, conforme a la acción del Señor que es Espíritu” (1 Cor 3,18).

Todas estas verdades constituyen lo más glorioso y feliz de la vida del hombre. El verdadero conocimiento de Cristo provoca eficazmente asombro y estimula la afectividad. Si no es así, es porque el conocimiento está viciado. ¡Esta es la triste realidad! El conocimiento que el pueblo adquiere del cielo, es pobre y distorsionado. Está sedimentado en la insuficiencia. No incendia deseos. Y una verdad se convierte en mentira a causa de la somnolencia, la ignorancia y la frialdad. Solo conocemos cuando realmente amamos. El amor es el verdadero conocimiento del hombre. Lo que no se ama, no se suele conocer.

Reevangelizar a la generación actual es, acaso, uno de los mayores problemas de la Iglesia de todos los siglos. La separación de fe y cultura está siendo hoy una de las catástrofes espirituales jamás conocidas en la historia. Más que la crisis ortodoxa y protestante. Y parece que este momento todavía no es el fin. Se precisa una nueva evangelización, en clave de fascinante Buena Nueva, para reconducir la fe y la esperanza de los hombres de hoy. La reeducación de evangelizadores y del pueblo es hoy máximo imperativo y exigencia si queremos hacer verdad la expresión de Agustín: “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón no descansará hasta que descanse en ti” (Agustín).

3. El cielo en la doctrina bíblica y en la predicación de Jesús

Jesús, para hablar del cielo, utiliza diversos nombres: reino, reino de Dios, reino de los cielos, paraíso, gloria, cielo, visión de Dios. Las parábolas contienen expresiones simbólicas en dependencia de los oyentes: a los mercaderes les habla de “la perla fina”; a los pescadores, de “red repleta”; a los campesinos, de “mies abundante”. ¿Cómo podría expresar lo inefable sin apelar al símbolo, el lenguaje analógico, figurativo o mítico? Apela a “la boda y al banquete nupcial”, los momentos de máxima abundancia en la cultura de entonces. Boda y banquete tipifican dos instintos humanos prioritarios: el de la perpetuación de la especie y el de la propia conservación. Sexualidad y nutrición se asocian a una vida en la que lo puramente biológico queda trascendido y dignificado. La Biblia desconoce los prejuicios de nuestra cultura. La Ciudad Nueva representa la superación de la soledad del hombre.

La Revelación privilegia tres expresiones simbólicas importantes: la “visión de Dios”, la “vida eterna”, “ser con Cristo”.

a) La “visión” de Dios

Creyentes son aquellos que buscan su rostro (Sal 24,6). Los que buscan y anhelan ‘la luz de su semblante’ (Sal 4,7). ‘Los que contemplarán su rostro’ (Sal

11,7). Jesús dice 'Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios' (Mt 5,8). Hay dos textos clásicos, en el Nuevo Testamento, que hablan de «ver a Dios»: 1 Cor 13,12 y 1 Jn 3,2. Son una derivación y consecuencia de la prevalencia del elemento cognoscitivo o intelectual propio de la expresión teológica y de la oración contemplativa. Pero tienen un contexto popular muy rico. Para el semita ver al rey, vivir en su presencia, es participar de su vida. Hoy, ver al Papa representa una admiración que perdura en los recuerdos y fotografías conservados...

'Ahora vemos por un espejo, confusamente. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo imperfecto, pero entonces conoceré como soy conocido' (1 Cor 13, 12).

«Conocer» es la mutua compenetración del cognoscente y del conocido en la esfera de un intercambio vital. Al actual conocimiento oscuro de la fe sucederá un conocimiento tal como Dios mismo ve y conoce. Conoceremos en su misma Luz.

'Ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él porque le veremos tal cual es'. (1Jn 3,2)

Hay dos lecturas del texto: o 'cuando se manifieste Cristo, le veremos tal cual es', o 'cuando se manifieste lo que seremos, le veremos tal cual es'. Cualquier versión no modifica el sentido de la frase. Ver a Cristo como el Hijo de Dios, como persona divina, es la visión de la divinidad. "Seremos semejantes a él" significa que la visión implica divinización. Ver a Dios es participar en su ser. Es comunión de vida.

b) La Vida eterna

¿En qué consiste la vida eterna? 'Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo' (Jn 17,3). El conocimiento del que se habla aquí no puede ser entendido de modo racional o teórico, sino que designa, al viejo estilo semítico, una íntima captación y participación, en definitiva una comunión. Es comunión con el Padre y con el Hijo:

"Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo" (1 Jn 1,3).

La nueva categoría es relación personal que implica plenitud de amor:

"Yo les he dado a conocer tu nombre...para que el amor con que tú me has amado esté en ellos como yo estoy en ellos" (Jn 17,23).

c) Estar siempre con Cristo

El “ser con Cristo” tiene en los sinópticos una connotación constitutivamente escatológica o de bienaventuranza. La gloria, el cielo, es estar con Cristo. Cristo es todo. Después de él no hay nada. La parábola del convite de bodas (Mt 22,1-14) trata de las nupcias del hijo del rey. En la parábola de las vírgenes el esposo es el Señor de la parusía o del final de los tiempos: las vírgenes prudentes entran con él al banquete. La alusión de Jesús en la última Cena al convite escatológico (“no beberé del fruto de la vid hasta que lo beba de nuevo con vosotros en el reino del Padre”) sugiere que tal banquete es prolongación de la eucaristía. El siervo bueno y fiel de la parábola de los talentos es invitado a ‘entrar en el gozo de tu Señor’ (Mt 25, 21-23). Al ladrón le dice ‘Hoy estarás conmigo en el paraíso’. No es solo asociación estrecha, sino vida compartida, comunión, identidad de destino. El paraíso es ser con Cristo. Si el Padre es el receptor del espíritu de Jesús, Jesús es receptor de la vida de los cristianos. El relato de Esteban concluye: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hch 7,59).

Pablo dice: ‘Después nosotros, los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor’ (1 Ts 4,17). ‘Deseo partir y estar con Cristo’ (Flp 1,23). ‘Padre, quiero que donde yo esté, estén ellos conmigo, los que me has dado, para que contemplen mi gloria’ (Jn 17,24). ‘Cuando haya ido y os haya preparado un lugar, volveré y os tomaré conmigo, para que donde esté yo, estéis también vosotros’ (Jn 14,3). La gloria es, pues, estar con Cristo y ser con él de forma definitiva.

Según la Escritura estar con Cristo es el paraíso. La salvación es oír ‘venid conmigo’ y la perdición ‘separaos de mí’ (Mt 25). Desde la cárcel Pablo escribe a los filipenses:

“Para mí la vida es Cristo y la muerte, ganancia. Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger... Me siendo apremiado por dos partes; por una parte deseo partir y estar con Cristo, lo cual ciertamente es con mucho lo mejor; más por otra parte quedarme con vosotros es más necesario para vosotros” (Flp 121-24).

Cristo da todo lo que anhela el corazón. Es el verdadero pan. No el que perece y no sacia, ni alimenta para siempre, ni elimina la muerte. El pan natural da vida perecedera y temporal. No sacia el espíritu. La vida está caracterizada por un hambre honda y continua, un fuerte anhelo. Cristo se llama a sí mismo pan inmortal para la vida inmortal. Invita a todos los hambrientos y sedientos. Lo expresó con símbolos. Invitó a comer a las turbas que lo seguían y les dio hasta la saciedad (Mt 8,1-9). La

saturación fue imagen de otra hartura superior, de otro pan preparado por Dios, que no da alimento escaso sino sobrante. Lo simbolizado lo realiza en la eucaristía.

Con la promesa del pan está relacionada la promesa de la vida. La vida no puede ser saturada en la tierra ni por las riquezas, ni por el trabajo, ni el éxito, ni el placer ni la alegría, ni por el amor terreno, el dinero, los negocios. El corazón humano es insaciable. La vida que Jesús recibe del Padre y él da al hombre es abundante y segura. Es plenitud y fuerza. Es vida homogénea con la del Padre y el Hijo. El Padre es el Viñador, Cristo la vid y nosotros los sarmientos.

Cristo da la luz, es la Luz. Da la comprensión total del hombre, temporal y eterna. Abre los ojos del ciego, corporal y espiritualmente. Hace pensar en el pensar de Dios y conocer en la Luz de Dios. Cf Pregón de resurrección, del Sábado Santo.

III. CIELO Y TRINIDAD

1. La vida cristiana es vida trinitaria

La Trinidad es el misterio más profundo de la vida cristiana. Ello habla de la altura de nuestra vocación. Estamos llamados a correalizar la vida íntima divina, tal como es en sí. La procedencia de unas personas de otras y ese devolverse o retornar a las mismas en el amor y comunión, forma una especie de sístole-diástole de vida divina que el creyente participa y correaliza con Dios. Es el cielo.

Venimos de Dios y a él vamos. Nos ha hecho a su imagen y semejanza. La vida cristiana es la misma vida de la Trinidad como es en sí, comunicada a nosotros. Si conocemos la estructura de la Trinidad, conoceremos la estructura de nuestra vida cristiana.

En Dios existen Padre, Hijo y Espíritu, el Ser, Conocer y Amar. El Padre es Principio sin principio. Es Fuente y Hogar. Es Salida y Meta. El Hijo es el Unigénito: nace o procede del Padre como Palabra, Verdad, Conocimiento, Sabiduría, Resplandor de Gloria, Palabra dicha, Revelación que se da. El Espíritu procede del Padre y del Hijo como Amor, Bondad, Unión, Gozo, Vuelta y Retorno, Abrazo y Comunión. Estas «procedencias» de unas personas respecto de otras, tienen una dinámica profunda que constituye la vida intradivina: venir del Padre, en el Hijo-Verdad, y retornar al Padre, en el Espíritu-Amor.

Los teólogos y los místicos han descrito el misterio de la Trinidad en tres momentos: Dios en sí mismo, o las divinas procedencias de las Personas dentro de Dios; Dios viniendo, o las divinas Misiones de Dios a nosotros, y Dios estando en nosotros, o la divina inhabitación. Dios en sí es inmutable. Cuando él viene y está en nosotros, somos nosotros los que experimentamos el proceso de nuestra

incorporación a él para que podamos participar y correalizar su propia vida. El Padre, al engendrar a su Hijo, nos incluye en la generación eterna del Verbo, de forma que llegamos a ser hijos en el Hijo, en la misma filiación del Hijo (Cf. Ef 1,5; Rom 8,14; Gál 4,6; 1 Jn 3,1). Padre e Hijo nos aman en el mismo amor con que ellos se aman. Nos comunican el Espíritu de su amor por el que, amados por el Padre en el amor que él tiene al Hijo, nos capacita para amarlo y amar a todos en su mismo amor (Rom 5,5; Ef 2,18; Jn 15,12).

El cielo es gozar de Dios como es en sí, correalizando su misma vida interna. Entonces, la misma felicidad de Dios es también la felicidad del hombre. Dios ha creado al hombre como un ser deseante, como apertura y necesidad del otro. La Trinidad, como plenitud de felicidad, es camino y meta de las aspiraciones humanas. La mayor hondura del corazón humano testimonia que estamos hechos por Dios y para Dios como es en sí. El problema es no dejarnos engañar confundiendo las partículas como el Todo. Hay que buscar en el fondo del corazón humano y entonces comprobaremos que cuanto más alcanzamos nuestro fondo, tanto más experimentamos el misterio trinitario. La imagen siempre tiene sed del Modelo. Es su fuente. Dios es más íntimo a nosotros que nuestra propia intimidad. Es nuestro adentro más profundo. Dios se ha servido de analogías para que le conozcamos. Las entiende una mirada enamorada, no una atención pesada y superficial. Ves la Trinidad si ves el Ser, la Verdad y el Amor. El amor nos lleva al amante y al amado. Dios es originalmente Amante, Amado y Amor. Es Autor, Doctor y Dador. Es Ser, Conocer y Querer. El ser humano, como Dios, existe conociendo y amando. La huella de la Trinidad está en el dinamismo del alma humana. El Creador ha dejado su marca en nosotros. No somos soledad. Dios nos ha creado trinitariamente como apertura y existencia hacia lo otro y al otro. Somos conocimiento y amor, es decir, apertura, comunicación, diálogo, comunión. Sostenidos en el Ser, iluminados por su Palabra, amados en su Amor, su misterio ilumina el nuestro. Este es el sentido de las triadas clásicas: Memoria, Entendimiento, Voluntad; Mente, Noticia, Amor. La antropología deviene un camino espiritual. Es Relación e Inmanencia. Es preciso ser más, conocer más y amar más. Gran miseria es del hombre que no puede estar con Aquel sin el cual no puede existir. O que se aferra a las cosas que sin él no existirían. Estamos llamados a ser conociendo y amando. Nos asemejamos a Dios en cuanto somos, conocemos y amamos. Somos conociendo y amando. Ahí se juega la felicidad del hombre. El hombre no está llamado a vivir de sí mismo y desde sí mismo para ser feliz, sino del Infinito, “de” Dios y “desde” Dios. La vida real es una mirada profunda del hombre en su propio ser hasta encontrar sus propias raíces.

2. Somos conciencia de ser

No soy el Ser, pero soy un ser. El problema es tener conciencia de lo que soy. Estar lejos de mí es estar lejos de Dios. Mi interior, por vocación, es el interior de

Dios y del mundo. Soy un ser personal y mi ser es la relación. La conciencia de mi ser es conciencia de mi ser absoluto relativo. Debo ser permaneciendo y ahondando siempre en el Ser. Soy un Infinito finito. Una manera finita de ser dios.

3. Somos conciencia de conocer

Jesús da importancia suma al conocimiento para explicar el cielo.

‘No os llamo siervos porque el siervo no sabe lo que hace el amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer’ (Jn 15,15-16).

‘En aquel tiempo, Jesús, estremecido de gozo en el Espíritu Santo, dijo: Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu voluntad. Todo me ha sido entregado por mi Padre y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre y quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar’ (Lc 10,21-22).

‘Esta es la vida eterna que te conozcan a ti, el único Dios verdadero y a tu enviado Jesucristo’ (Jn 17,3).

“El Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero, a su Hijo Jesucristo. Este es el Dios verdadero y la vida eterna” (1 Jn 5,20).

“Señor, ¿dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que eres el Santo de Dios” (Jn 6,68).

‘Entonces se les abrió la inteligencia” (Lc 24,45), Emaús.

‘Entonces veremos cara a cara’ (1 Cor 13,12)

‘Le veremos tal cual es’ (1 Jn 3,2).

‘En tu Luz veremos la luz’ (Sal 35,10)

4. Somos conciencia de ser amados y amar

Dios se entraña en nuestra vida para que nosotros vivamos entrañados en él. ‘El Espíritu se une a nuestro espíritu’ (Rom 8,16).

Gracias al Espíritu, participamos del amor y unión de Cristo con el Padre: ‘Por Cristo, unos y otros tenemos acceso al Padre en un mismo Espíritu’ (Ef 2,18).

El Espíritu en nosotros es principio de un conocimiento superior, divino: 'El Paráclito, el Espíritu Santo que enviará el Padre en mi nombre, os lo enseñará todo' (Jn 14,26).

'Que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente, iluminando los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a que habéis sido llamados por él...' (Ef 1,17-23).

Mediante el don del Espíritu recibimos el amor con que Dios ama:

'El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado' (Rom 5,5).

'Les has amado a ellos como me has amado a mí... Que el amor con que tú me amaste esté en ellos y yo en ellos' (Jn 17,23.26).

'Amaos unos a otros como yo os he amado' (Jn 13,34).

5. Irradiar cielo irradiando Trinidad

Dios ha querido, en nosotros y desde nosotros, comunicarse a los demás. Nada más asombroso en nuestra vida que comunicarnos a los otros compartiendo las experiencias más profundas de la amistad y de la fe. Es como entrañarse en el otro, alojarse en él, hacerle ser y ser más. Tenemos que darnos cada día, a cada momento, en lo pequeño y en lo importante. Acoger o excluir es como hacer nacer o asesinar. Dándonos hacemos a los otros y nos hacemos a nosotros. Cuanto más somos el otro, más somos nosotros mismos.

Irradiamos al Padre cuando somos responsabilidad positiva, origen de bien, acogida amable, hogar de sentido y de ideales, comunión de vida, convergencia final, cuando tenemos sentido de iniciativa bondadosa, cuando transmitimos detalles.

Irradiamos al Hijo cuando nos hacemos buena noticia, palabra humanizadora y sanadora, relación compartida y comunión íntima, conocimiento que eleva y alegra, expresividad encarnada y entregada, transparencia, lealtad y sinceridad, conciencia de misión y tarea, audacia espiritual y riesgo pastoral, disposición a la inclusión y subordinación, liberación altruista de males y problemas.

Irradiamos al Espíritu cuando comunicamos amor, bondad, alegría, paz, ilusión. Cuando alentamos proyectos e ideales compartidos y vivos. Cuando tenemos capacidad de asombrarnos y de asombrar. Cuando inspiramos cordialidad. Cuando tenemos delicadeza y nobleza en juicios y opiniones.

BIBLIOGRAFÍA

BROTONS, E., *Dios y la felicidad* (Salamanca 2007)

NOCKE, F.J., *Escatología* (Barcelona 1984)

RAHNER, K., *Escritos de Teología* IV (Madrid 1964)

RATZINGER, J., *Escatología* (Barcelona 1992)

SCHMAUS, M., *Teología dogmática* VII (Madrid 1961)

VON BALTHASAR, H.U., *Teodramatica* IV (Madrid 1995)